

**BURGOS, RAÚL; HINRICHSSEN, ALFRED; CASTRO, JOSÉ MANUEL
(EDS.). CONSERVADURISMO Y NACIONALISMO EN CHILE, SIGLOS XIX Y XX
VALPARAÍSO, EDICIONES PUCV, 2025, 321 PAGES.**

Matías Alvarado Leyton
Universidad Gabriela Mistral (Chile)
matias.alvarado@ugm.cl

En los últimos años, la historiografía chilena ha mostrado un interés creciente por repensar las culturas políticas, los lenguajes ideológicos y las trayectorias intelectuales que atravesaron los siglos XIX y XX. Sin embargo, dentro de ese movimiento de ampliación temática, el conservadurismo y el nacionalismo han seguido ocupando un lugar comparativamente más marginal que otras tradiciones. No deja de llamar la atención esta situación, sobre todo si se considera la gravitación que ambos tuvieron en la configuración de imaginarios políticos, diagnósticos sobre la crisis nacional, discursos sobre la soberanía y proyectos de orden sociocultural. En parte, ello se explica por la persistencia de lecturas que los han reducido a expresiones meramente reactivas o doctrinariamente menos complejas, secundarias; en parte, también, por la tendencia a tratarlos como categorías homogéneas, transparentes y casi naturalmente adscritas a un solo sector del espectro ideológico y político. En ese marco, *Conservadurismo y nacionalismo en Chile, siglos XIX y XX*, editado por Raúl Burgos, Alfred Hinrichsen y José Manuel Castro, constituye una intervención historiográfica particularmente oportuna, pues se propone restituir a ambos conceptos de su densidad histórica, su complejidad analítica y su pluralidad de manifestaciones.

El principal acierto del libro se encuentra, desde luego, en su introducción. Lejos de limitarse a presentar los capítulos o justificar de manera convencional la pertinencia del tema, los editores elaboran allí una reflexión de mayor alcance sobre la posición historiográfica del conservadurismo y el nacionalismo en Chile. Su argumento central consiste en señalar que ambas corrientes han sido empobrecidas por una doble reducción: por una parte, al ser identificadas casi de manera automática con las derechas; y por otra parte, al ser comprendidas como repertorios ideológicos menores, subordinados a tradiciones consideradas más sólidas o teóricamente más densas, como el liberalismo y el socialismo. De este modo, el volumen no solo quiere estudiar un objeto, sino también discutir el modo en que ese objeto ha sido leído. Se trata, por tanto, de una operación historiográfica relevante, en tanto desplaza la mirada desde la mera clasificación ideológica hacia el examen de trayectorias, mediaciones, apropiaciones y reformulaciones históricas más concretas.

A partir de ello, el libro propone una distinción analítica que resulta especialmente fecunda. El conservadurismo aparece vinculado a la prudencia política, a la continuidad

histórica y a la defensa de un orden social que no puede ser rediseñado por completo desde la abstracción doctrinaria; el nacionalismo, en cambio, es pensado desde la búsqueda, afirmación o preservación de una identidad compartida, proyectada como comunidad política y como principio de autonomía frente a subordinaciones externas. Lo interesante es que esta distinción no cristaliza en una tipología rígida. Más bien funciona como una plataforma desde la cual observar contactos, desajustes y superposiciones. En este sentido, uno de los mayores avances reside precisamente en evitar tanto la fusión apresurada entre ambos conceptos como su separación artificial, proponiendo en su lugar una lectura que reconoce -y reconcilia- vínculos, tensiones y desplazamientos. El libro logra así algo que no siempre ocurre en este tipo de trabajos, convertir el problema conceptual en una herramienta efectiva de lectura histórica.

La organización general de la obra acompaña bien esa apuesta. La primera parte, centrada en la trayectoria y definición del conservadurismo en los siglos XIX y XX, enfrenta una pregunta tan básica como decisiva: si es posible hablar de conservadurismo en la historia de Chile sin recaer ni en el anacronismo ni en la mera traslación de matrices europeas. La respuesta que emerge de estos capítulos es sugerente, pues muestra que el conservadurismo chileno no puede reducirse ni a la pura reacción ni a una defensa inercial del pasado, sino que debe ser comprendido como una tradición intelectualmente elaborada, aunque históricamente cambiante, en la que se cruzan reflexiones sobre autoridad, orden, libertad, tradición, comunidad y formas legítimas del cambio. Visto así, el libro consigue desactivar una oposición demasiado simple, pero muy reiterada, entre conservadurismo y modernidad, mostrando que también desde ese campo se elaboraron diagnósticos complejos sobre el presente y proyectos específicos de intervención sobre la realidad nacional.

La segunda parte del libro resulta, acaso, la más rica en términos de desplazamiento historiográfico. Allí el conservadurismo y el nacionalismo dejan de aparecer solo como lenguajes doctrinarios o como sistemas de ideas formulados por grandes autores, para ser observados en su inscripción sobre distintos espacios de sociabilidad e intervención cultural. Literatura satírica, moral pública, proyectos educativos, discursos sobre inmigración y extranjeros, e incluso el mundo editorial, emergen aquí como superficies concretas donde estas corrientes adquieren espesor histórico. De este modo, el libro se aparta de una historia intelectual demasiado dependiente de figuras canónicas y devuelve la atención a mediaciones, soportes y, finalmente, casos prácticos. Ese giro no es menor. Permite advertir que conservadurismo y nacionalismo no fueron únicamente idearios sistemáticos, sino también formas de lectura de la crisis, gramáticas de pertenencia, sensibilidades frente a la comunidad y repertorios de intervención sobre la sociedad. En ese sentido, el volumen enriquece de manera efectiva la comprensión del problema al situarlo más allá del plano estrictamente doctrinario.

La tercera parte abre, asimismo, una perspectiva igualmente valiosa al replantear ambos fenómenos desde marcos espaciales más amplios. Los capítulos dedicados a

Abdón Cifuentes en Estados Unidos, a la comparación entre partidos conservadores de Chile y Nueva Granada, y a los debates en torno a Tacna y Arica permiten observar que ni el conservadurismo ni el nacionalismo se agotan en una historia puramente endógena. Antes bien, aparecen aquí atravesados por circulaciones intelectuales, conflictos diplomáticos, apropiaciones comparadas y discusiones sobre ciudadanía, soberanía e interés nacional que obligan a pensar el problema en una escala menos cerrada. En tiempos en que la historiografía suele oscilar entre el repliegue nacional y la adopción demasiado rápida de marcos globales, esta apertura comparativa y transnacional se agradece precisamente por su mesura, ya que no opera como un recurso cosmético, sino como una vía concreta para complejizar las preguntas del libro.

Ahora bien, las virtudes de éste no eliminan por completo ciertas tensiones. La más visible proviene de su propia ambición. Al intentar ofrecer una reflexión amplia sobre dos tradiciones complejas, el libro ilumina con claridad su diversidad, pero no siempre alcanza el mismo grado de articulación entre sus partes. Hay capítulos que dialogan de forma más orgánica con la hipótesis general, mientras que otros, aun siendo valiosos por sí mismos, quedan algo más separados del problema común que la introducción busca instalar. No se trata de una falla mayor, menos aún en un esfuerzo colectivo de esta magnitud, pero sí de una señal de que la obra funciona con mayor fuerza como apertura de un campo de discusión que como cierre sintético del mismo. Probablemente, una conclusión más desarrollada o una selección más ambiciosa de los aportes hechos en sus capítulos habrían permitido recomponer esos hilos con mayor nitidez y ofrecer una clausura interpretativa más robusta.

Existe, asimismo, otra cuestión que el libro ayuda a poner en evidencia, aunque no siempre la resuelva por completo. Si bien la introducción reclama con razón la necesidad de descentrar la mirada y atender a instituciones, asociaciones, revistas, redes y espacios de sociabilidad, el libro en su conjunto sigue descansando principalmente en sujetos letrados, masculinos y con una alta capacidad de producción discursiva. Esto no invalida en absoluto el trabajo hecho, pero sí deja abiertas preguntas importantes sobre la circulación social de estas ideas, sus apropiaciones en ámbitos no estrictamente intelectuales, sus modulaciones regionales y sus posibles resonancias en actores menos visibles para la historia política e intelectual más tradicional. Dicho de otro modo, el libro da pasos importantes hacia una ampliación del campo, pero al mismo tiempo deja ver cuánto queda todavía por hacer para escribir una historia más social y culturalmente densa del conservadurismo y del nacionalismo en Chile. Y acaso esa conciencia de insuficiencia sea, también, una de sus contribuciones más valiosas.

Con todo, sería un error exigirle a este libro lo que no se propuso ser. Su mérito principal no consiste en ofrecer una síntesis definitiva sobre el conservadurismo y el nacionalismo en Chile, sino en haber devuelto al centro de la discusión un problema que durante largo tiempo permaneció parcialmente desatendido o capturado por categorías demasiado rígidas. En sus mejores páginas, el libro obliga a revisar imágenes excesivamente estabilizadas; la del conservadurismo como simple inercia del pasado, la

del nacionalismo como antesala automática del autoritarismo o la de ambos como lenguajes políticamente transparentes, por mencionar algunas. Lo que emerge, en cambio, es un campo bastante más contradictorio, móvil y productivo, en el que se cruzan reflexiones sobre comunidad, soberanía, moralidad, educación, otredad y crisis histórica. De este modo, el libro no solo aporta nuevos casos o nuevas entradas temáticas; aporta, sobre todo, una disposición distinta frente a sus objetos, una que prefiere la complejidad antes que la comodidad clasificatoria ya tan empleada.

En suma, *Conservadurismo y nacionalismo en Chile, siglos XIX y XX* es una obra valiosa y necesaria. No tanto porque de una respuesta a una discusión, sino porque la vuelve nuevamente inteligible y, por ello mismo, nuevamente accesible. En una historiografía que a veces corre el riesgo de reiterar sus propios itinerarios, este libro recuerda algo más elemental, es decir, que también los conceptos aparentemente conocidos deben ser sometidos a examen, devueltos a sus contextos, restituidos a sus desplazamientos y liberados de las simplificaciones que el uso repetido termina por naturalizar. Cuando un esfuerzo colectivo consigue hacer eso con amplitud, solvencia y vocación crítica, su aporte excede con claridad la suma de sus partes.